

# COLABORACION DE LA VANGUARDIA

LAS LENGUAS DEL MAÑANA (3)

## MANERAS DE HABLAR

OTRA novedad decisiva es que las lenguas están dejando de ser «maternas». Y lo están dejando de ser a la carrera. De ese destino no escapa ninguna: grandes y chicas, oficiales y postergadas, cultas y rudimentarias. Podría asegurarse, incluso, que las «grandes», las «oficiales» y las «cultas» son las que con más agudeza padecen la metamorfosis. Hasta ahora, en efecto, los idiomas se transmitían de generación en generación por vía «doméstica». La madre enseñaba a hablar al hijo: tal era el proceso, reducido a esquema. «Quan del mugró matern la dolça llet bevia...», escribió el señor Aribau. Los poetas de todas las épocas han hecho hincapié en este emotivo origen de sus palabras, que para ellos tenía una significación casi mítica. La verdad es que el aprendizaje completo no se verificaba sólo en el hogar: la calle, el oficio y la taberna eran otras tantas «escuelas» donde se absorbía el habla «natural». Y los caminos, con sus posadas; y el mercado y sus chalaneos; y la iglesia, con sus rezos y sus sermones; y... Todo ello quedaba representado en la madre. Y se acabó.

Es cierto que el adjetivo «materna» se ha reservado generalmente a la lengua más o menos excluida de los colegios y de la administración, y siempre por contraste con otra estimada superior. Así, durante la Edad Media —y después—, los idiomas nacionales, frente al latín universitario, ciceroniano y litúrgico; así, hoy mismo, los lenguajes populares sin acceso a las dependencias del Estado, frente al lenguaje del Estado. Pero, en realidad, todo idioma es «lengua materna». O lo era. Era «lengua materna» en la medida en que procedía de la tradición espontánea. Y lo que en nuestros días comienza a perfilarse es la ruptura o el abandono de esta tradición. Los niños ya no aprenden a hablar de boca de sus madres. Ni de la de sus madres, ni de las restantes. No afirmar que «ya» ocurra esto. Sencillamente, considero que no es posible negar que empieza a ocurrir, y que el futuro nos promete una seria consolidación de la tendencia.

Enumerar los factores que contribuyen a ello supondría alargar mucho este papel. Me limitaré a señalar unos pocos datos, cuya notoriedad es tan rotunda como visible. En primer término, la disolución del «hogar», y hasta del «domicilio», o sea —por decirlo en forma más ajustada al tópico— de la «familia». Nadie discute que la «familia» está en crisis; que está en crisis la «intimidad del hogar», y que lo está el «parentesco» concebido como cuadro de con-

vivencia. En ello intervienen desde la incorporación de la mujer al trabajo asalariado, a las condiciones de habitabilidad de los pisos urbanos e industriales, pasando por la revolución de los adolescentes y del electrodoméstico-tótem. Las señoras echan al mundo sus criaturas, y «alguien» que no son ellas se encarga de enseñarlas a hablar. Ese «alguien», proteico y disperso, no es ningún secreto: pongamos el parvulario, el televisor, la radio, el tebeo, los manuales escolares. En cualquier caso, se trata de instrumentos lingüísticos abstractos, estandarizados. Los niños de nuestros días aprenden «su» lenguaje de manera muy distinta a la que sirvió a sus padres para aprender el suyo. Como mínimo. La interrupción se insinúa. La «maternidad» de los idiomas disminuye a ojos vista. Para bien o para mal, así es.

Y, en un segundo plano, todo lo demás. La calle —cita de juegos y de travesuras—; ha desaparecido en las grandes ciudades, y hasta en las medianas. No existe, apenas la taberna: es una especie a extinguir. Los oficios son cada vez más taciturnos. ¿Se han fijado ustedes cómo se trama, en el sagrado nombre de la «productividad», el silencio de los trabajadores de fábricas, talleres y oficinas? El sistema de introducir en el local de labor unas musiquitas estimulantes, con el transistor o con cualquier otro artefacto similar, es una idea diabólica. O, si se prefiere, alienante. La promoción del «silencio», las maniobras para evitar la «conversación», se multiplican a todas las escalas. Con el televisor en marcha, se consigue hacer callar al más charlatán, y las sobremesas domésticas decaen. La cháchara efusiva de los novios es sustituida por melodías estuosas y turbias. Desde que el hombre es hombre, su instinto y su vocación ha sido «hablar». Ahora se procura que no hable. O que, a lo más, repita lo que oye. Hay una sordida y sorda conspiración para convertirnos de hablantes en oyentes. ¿Y qué oímos? ¿A quién oímos? Al maestro de escuela, al locutor de radio o de televisión, y casi a nadie más.

Las lenguas siguen siendo «maternas» allí donde la conjura «silenciadora» no logra una victoria clara. Prácticamente, en el hemisferio neocapitalista, esta es la situación. Las excepciones no hacen sino confirmar la regla. Los únicos grupos sociales que mantienen su lengua —dialecto, jerga, lunfardo— como «materna» son pequeñas parcelas demográficas en camino de desaparición: los labriegos aproximadamente rupestres, los

ancianos recalcitrantes, los pobres sin redención. Quizá cabría añadir los «bajos fondos»: lo ignoro. Pero de ahí no se pasa.

Hay lenguas que se ven desahuciadas de los mecanismos aludidos: carecen de escuelas, de radio de «tele», de impresos regulares. Su marginación las preserva de la condena a la clorosis, a la anemia, a la estupidez exangüe. Desde luego. Pero no poseen «defensas» ante sus mismos hablantes. Estos se ven solicitados por las atracciones de otro idioma. Y, en última instancia, sus recursos de supervivencia son —«maternos»— la población rústica, los viejos, los pobres. Quizás, a veces, delgados sectores de intelectuales... Es obvio que, actualmente, una lengua no puede sobrevivir sin la prótesis de la oficialidad y del gran negocio: para continuar siendo una lengua como Dios manda, ha de ser lengua de instrucción pública, de publicidad comercial, de telediario, de fotorromance, de disco, de «hit-parade», de «Boletín Oficial del Estado». Y estas oportunidades son, simultáneamente, servidumbres: reducciones a la más aséptica inanidad. «Ni contigo ni sin ti...»

Quizá el peligro haya de atribuirse al legendario Gutenberg, inventor de la imprenta. Mr. McLuhan, sociólogo experto en cuestiones de lengua y literatura, está intentando confeccionar una explicación científica del asunto, y procura destacar la importancia de los medios de difusión —«mass media»— en su consistencia vehicular, respecto de la entidad intelectual de la palabra. Con la imprenta, evidentemente, las lenguas entraron en una fase nueva de posibilidades. Con la invención del alfabeto, muchos siglos antes, se había iniciado otra «revolución» estúpida, difícil de imaginar ahora. La radio y la «tele», más los afectuosos avances de la tipografía, obligan a un replanteo del «status» lingüístico de cada rincón del mundo. Las conclusiones de McLuhan son lo de menos. Pero si interesa, y mucho, examinar retrospectivamente la repercusión de la prensa guttenberguiana. Del manuscrito de costosa elaboración se saltó a la copia múltiple mediante la máquina. La Europa de los humanistas —Erasmo fue un «corrector de pruebas» eximio— se lucró de la ventaja de la técnica. Al lado de eso, la televisión. ¿Cuál y qué será el mañana de nuestras lenguas ex maternas? Aquí, en Nueva York, en Moscú, en París, en Medina del Campo, en Florencia, en Berlín, en Bogotá, ¿cuál y qué...?

Joan FUSTER

SOLAMENTE PARA TODOS

## ENTRE TARTUFO Y TARTARIN

LOS escritores, cuando son geniales, o son serios cuando dan en la diana de lo oportuno, crean unos prototipos humanos, que pasan a normativos de una virtud o vicio, a veces de un simbolismo nacional. Claro está que lo último no lo aceptan los propios, que solo aceptan las virtudes.

España, por ejemplo, al acervo mundial de la mitología, aporta Don Juan y Don Quijote como representantes. Francia, Tartufo y Tartarin de Tarascón. Alemania, el doctor Fausto y el joven Werther. Inglaterra, de manos de genial Shakespeare, Hamlet y Otelo.

Cuando queremos significar que un tipo es un conquistador de señoras, libertino y calavera, decimos que es un tenorio (calificativo), y si deseamos anunciar las cualidades de alguien caballeresco y medio tarumba, le denominamos quijotesco. Tartufo, por arte y gracia de Jean Baptista Poquelin, se convierte en el «hipócrita»; Tartarin, en lo que aquí llamamos «cantamaitanas», exagerado en el concepto de sí mismo. Hamlet, claro, es la indecisión, el personaje dubitativo, siendo Otelo el prototipo de los celos. Fausto, ni que decir tiene es el viejo verde, el buscador de la juventud, mientras Werther es el romántico, el suicida por amor.

Al lector no se le ocultará que la lista precedente podría engrosarse considerablemente: Silock, o la avaricia, Madame Bovary, Edipo, Crespo Narciso, Sancho Panza, Venus o Afrodita, Cyrano de Bergerac, Bayardo, el Cid, Barrabás, Judas... Y cien más, significando cualidades o vicios que han adquirido la categoría de calificativo, máxima gloria a la que puede llegar un personaje literario, o consagrado por la literatura.

A veces, en mis soliloquios mentales, juego al rompecabezas de poner adjetivos literarios a lo que yo llamo mito-sociedad. Resulta algo enrevesada, que no les recomiendo, mitad divertimento, mitad amargor. Los juegos mentales tienen eso, que uno acaba tarumba y termina yendo al cine donde «echen» una de vaqueros.

Se me ocurre pensar que los dos personajes que podrían calificar el tiempo y la sociedad presente podrían ser Tartufo y Tartarin. He dudado en incluir a Crespo, simbolizando el dinero, pero mis dudas son fuertes. Crespo es un personaje fabulosamente rico y ser un «crespo» significa exactamente lo mismo. Pero también Midas, que tenía la cualidad de convertir en oro todo lo que tocaba, podría ostentar el cargo. Ninguno de los dos me peto, porque los ricos de hoy día son los Bancos y todavía, sobre ellos, no se ha dicho nada definitivo. Si acaso, la Banca suiza es la que más cerca está de convertirse en mito o leyenda.

Tartufo lo imaginó Molière hace, poco más o menos, trescientos años. Desde su comienzo dio abundante juego. Fueron muchos los que se consideraron aludidos y el rey prohibió su representación pública. Se dice que, originariamente, Tartufo iba vestido de jesuita. Lo jesuítico, que también es un adjetivo de muy variada significación, como estilo, lo inició Pascal y lo han continuado todos los libelistas, hasta llegar a los folletistas, con Sué a la cabeza, que hicieron una verdadera escabechina a costa de la Compañía. No entramos ni salimos en ello. La Compañía de Jesús, que fundara Ignacio de Loyola, ha tenido sus baches, como toda obra humana y su fuerza, en algunas circunstancias históricas, ha promovido delirantes enemigas. Yo, francamente, no creo que Molière concretara en una orden definida su sátira. Más bien se refería a los hombres devotos, o falsos devotos, capaces de engañar a los candidos Orgones. Naturalmente la devoción o la falsa devoción es lo contrario al libre albedrío de la naturaleza. Entre el «buen salvaje» que es bueno porque sí, y el personaje negro que reprime las efusiones naturales, encontrándolo todo pecaminoso, hay el mismo abismo que hay entre la verdad y la mentira. Pero dado que ni la verdad ni la mentira son absolutas, tan falso es el Tartufo como el Buen Salvaje.

Hoy día, el sambenito del tartuflismo se adjudica a los ejecutivos. En Madrid se está representando con música y todo. El nuevo hipócrita es el ejecutivo, o el tecnócrata, el hombre frío, sin sentimientos, ajeno a todo lo que no sea eficacia. Es el relevo, digámoslo así, de lo jesuítico en su lado peyorativo. Dado que no conocemos la disculpa versión, nos excusamos de opinar. Lo que no podemos ignorar es que el tartuflismo sigue significando hipocresía, engaño. Naturalmente, debe existir o sobexistir cabe una sociedad con moral oficial. Tartuflismo no es una doble moral. A veces, es necesaria una moral doble. Por ejemplo, para los negocios, como recomendaba Benjamin Franklin. Moral es también e buen parecer, el miedo al que dirán, es vestir el puesto que se ocupa en la sociedad. Antes, a ello, se llamaba fariseísmo o política de los sepulcros blanqueados. Pero, si queremos ser justos, era una moral que no engañaba. La hipocresía es un engaño, porque es un fingimiento, no para conservar, sino para apoderarse.

Tartarin, o la tartarinada, es, hasta cierto punto, otra hipocresía pero simpática. Tartarin lo creó Alfonso Daudet hará unos cien años. Es, para los franceses, el tipo meridional, hiperbólico, chulángano, mitómano y embustero. Que los franceses llamen meridionales a los que, para nosotros, están encima de vascos, aragoneses y catalanes, no deja de tener cierta gracia. Gascón o sea vasco, era D'Artagnan y Dumas nos lo presenta bizarro, mujeriego y fanfarrón. Tartarin es natural de Tarascón, que está cerca de Avignon, en la Provenza, en lo que los galos llaman el Midi y, lógicamente, muy al norte de nuestra Andalucía.

Tartarin, buen burgués, tiene más fantasía que don Quijote, pero la suficiente cordura para que sus aventuras sean todas de boquilla. Tiene una casita, una renta, una escopeta y, si no puede cazar leones, caza gorras. Cuando la fuerza de sus mentiras le empuja a dar la cara, es capaz de largarse a Argelia, francesa, naturalmente, donde mata al león ciego que sirve de gancho a un nendigo. No importa, en Tarascón no lo saben y la apollada piel es un símbolo de gloria.

Tartarin es todo lo contrario de Tartufo, pero un complemento que ¡ay!, encontramos a veces demasiado en nuestros campos sociales. Tartarin, a secas, no hace daño. Sus mentiras contribuyen a adornar una existencia demasiado plácida. A Tartarin le consternaría que sus aventuras llegasen a ser realidad. De que no lo sean, de que la plácida realidad de su burguesa existencia no se altere, se encargan los Tartufos. Tartarin miente, pero es dudoso que su mentira engañe a nadie, como tampoco engañan las mentiras de los cazadores y pescadores. Pero no menos cierto es que contribuye a crear una falsedad, un mito. Los astronautas, por ejemplo, son una mezcla de Tartufo y Tartarin. La más elevada técnica y la más tormentosa fantasía. Y todo ello, en un mundo que tiene tantos problemas por resolver, que ya casi ni lo intenta. Y así estamos, a lo mejor porque lo merecemos.

Tomás SALVADOR



**AUTO-RADIO con MAGNETOFONO CASSETTE-CAR**

**de Wald** 24 HORAS

DOS HORAS DE MUSICA ININTERRUMPIDA A SU GUSTO

**PERFILES ALUMINIO**

AMPLIA GAMA

Consulta precios GRANDES ALMACENES

**TARRAGONA**

SEPULVEDA, 150. Tels. 243-52-16 y 224-25-19

**AQUI ESTA «SU» VIAJE**

**ANDORRA**  
5 días. Salida 24 dic. . . . . 2.050 pts.  
3 días. Salida 4 enero . . . . . 1.275 pts.  
2 días. Salida 31 dic. . . . . 950 pts.

**CANET PLAGE - FIN DE AÑO**  
2 días. Salida 31 dic. . . . . 1.400 pts.

**NAVIDAD EN ROMA**  
5 días en avión . . . . . 7.650 pts.

**LONDRES - AÑO NUEVO**  
7 días en avión . . . . . 9.750 pts.

**FIN DE AÑO EN PARIS**  
8 días en autocar . . . . . 4.600 pts.

**MATANÇA EN CAMPRON**  
13 diciembre - 450 pts.

ESTANCIAS DE ESQUI Y RESERVAS PARA FIESTAS EN VALLE DE ARAN, SUIZA, FRANCIA Y AUSTRIA

**MALLORCA, 5 días . . . 2.975 pts.**  
**CANARIAS, 8 días . . . 5.975 pts.**

**Viajes Baixas, S. A.**  
Grupo «A» - Título n.º 14  
V. Layetana, 133 - Teléfono 231-93-87  
P.º de Gracia, 45 - Teléfono 221-57-89

**CHAMP-SORS**

NATURAL

CHAMPAÑA DE CAVA

1796 DOS SIGLOS

*Estrada y Alvarez* S. L.

**HOY EMPIEZA LA GRAN LIQUIDACION DE TROZOS Y RESTOS DE SERIE**

Lanas para vestidos y abrigos . . . . . desde 90 ptas. m.

Sedas naturales lisas y estampadas . . . . . desde 140 ptas. m.

Rayones y algodones lisos y estampados . . . . . desde 39 ptas. m.

PASEO DE GRACIA, 102